

Aunque en su alegato final del juicio **Jordi Cuixart** pareció referirse genéricamente a que continuará luchando para conseguir la autodeterminación de Catalunya, a partir del momento en que su frase «volveremos a hacerlo» se ha convertido en un eslogan (incluso publicitario, en paneles de pago) su alcance llega más lejos de un modo indefinido.

Los eslóganes son precisamente para eso, para entenderlos y usarlos como se quiera, a gusto del consumidor. Y así se sigue difundiendo, con su calculada ambigüedad, fruto del previsible deseo de sortear las leyes y, también, desde su origen, desde

Al contrataque

Antonio Franco

«Volveremos a hacerlo»



que la pronunció **Cuixart**, para no empeorar su situación procesal cuando está pendiente de que se dicte sentencia sobre su conducta.

La ambigüedad de la frase consiste en que no precisa con detalle si lo que se volverá a hacer (o a intentar hacer) es todo lo hecho o únicamente una parte. Recordemos que independientemente de lo que sentencie la justicia es público que hubo desobediencia solemne a la Constitución y el Estatut en el Parlament; que se habló repetidamente de la voluntad y el mandato de «los catalanes» como si todos los ciudadanos del país fuesen secesionistas; que se proclamó unilateralmente la independencia y el

advenimiento de la República Catalana...

Pero recordemos que también se produjeron otras cosas que el genérico «volveremos a hacerlo» no excluye explícitamente, como limitar el valor de la declaración de independencia a una expresión retórica o incluso a «un farol», como no llegar siquiera a arriar la bandera española de la Generalitat (probablemente para eludir responsabilidades personales), como irse inmediatamente al extranjero algunos de los protagonistas para no responder ante los tribunales de los actos cometidos, y como negar –los que permanecieron aquí– todo lo que han negado durante las sesiones del juicio.

¿Dónde estará el corte entre lo que se volverá a hacer o a intentará hacer y lo que no se repetirá?

En Catalunya hace tiempo que no hay cuestiones banales y el alcance de aquella frase tampoco lo es. Sería democráticamente jugar limpio aclararlo. Pero en Catalunya hace tiempo que tampoco se dan explicaciones solventes sobre nada. Ni siquiera sobre la esperpéntica actuación del 'president' de la Generalitat interfiriendo directamente, a la vista de todos, en las elecciones municipales de su pueblo. Si llega la república, ¿también se volverá a hacer eso?, ¿también se abstendrán de opinar sobre ello los poderes republicanos? =

el Periódico 28 DE JUNIO DEL 2019

www.elperiodico.com ISSN 1578-746X
 El Periódico de Catalunya, S.L. Tel: 93 265 53 53. Suscripciones y atención al lector: 93 222 27 22. Atención al punto de venta: 93 222 56 66. El Periódico de Catalunya, S.L. se reserva todos los derechos sobre los contenidos de EL PERIÓDICO, sus suplementos y cualquier producto de venta conjunta, sin que puedan reproducirse ni transmitirse a otros medios de comunicación, total o parcialmente, sin previa autorización escrita. Difusión controlada por la OJD. Año XXI, Número 14.542. D.L.: B 36.860 - 1978

«Justo es lo que busco, sitios donde no haya nada que hacer»

Ricardo Fité Amante de la carretera, la moto y la aventura, cuenta en un libro cinco grandes experiencias: por Turquía, por Irán, por Rusia, por Siberia y por la carretera del Pamir.

Gente corriente

POR **Mauricio Bernal**



La moto, la carretera, la aventura: Ricardo Fité tiene estas tres por coordenadas fundamentales de su vida, y es espejo de ello el libro que acaba de publicar, *5 veranos en moto* (Diéresis), donde cuenta con detalle cinco monumentales recorridos: por Turquía, por Irán, por Rusia, por Siberia y por la mítica carretera del Pamir. Háblele usted de turismo de masas a este caballero: como mínimo lo mirará de soslayo.

—Uno ve los mapas de sus viajes y dice: esto es aventura.

—Digamos que es lo poco de incertidumbre que nos queda. La poca aventura a la que nos podemos exponer hoy en día.

—¿Se refiere a que el turismo de masas cada vez empuja más los márgenes?

—Mire, yo no digo que ese turismo no sea bonito. Ir al Kremlin, ir a la Sagrada Familia, todo eso es muy bonito. Lo que pasa es que hay tantas colas, tantos ri-

os de gente... Yo estuve en el castillo del Conde Drácula y luego me arrepentí de haber ido allí.

—De acuerdo. ¿Qué le dan o qué busca en sus viajes?

—Me siento muy cómodo entre desconocidos, en sitios donde la gente me mira como diciendo: «Pero tú qué haces aquí, chico, tendrías que estar en Italia, qué haces en Rusia, qué haces en Ucrania». Justo es

eso lo que busco, un poco de nada, que no haya nada, ir a un sitio en el que estés tranquilo y que no haya nada que hacer.

—Bueno, y el contacto con la gente, por lo que entiendo. Dice que los rusos son buenísimas personas.

—Es una paradoja brutal. Los soviéticos y los eslavos, que parecen los más fríos y distantes, luego es todo lo contrario. Son serios al

“

«He tenido que parar lo del viaje interior porque me estaba volviendo loco»

principio, pero enseguida te dicen: «Venite a mi casa y arreglamos el problema que tienes con la moto». Te invitan a cenar, te sacan lo poco que tienen, te dan vodka, te preguntan, te cuentan cómo les va su vida.

—Los cinco viajes los hizo con la misma moto, ¿no?

—La misma, una Honda CB750 del 93.

—Mucha carretera juntos.

—Con esa moto he ido a todas partes. A nacimientos y despedidas, a conquistar a parejas, a despedirme de ellas y a volver a rodar solo, a buscar trabajos y a firmar finiquitos, a todas partes me ha llevado. Es como una amiga que cuando sales de un sitio te guía el ojo y te dice: «Ven, vámonos de aquí». Y le das gas y suena familiar.

—¿Hacer esta clase de viajes es buscarse deliberadamente problemas?

—En teoría no, pero creo que inconscientemente sí. Es un juego, es el juego de la incertidumbre que busca el europeo. El que ha pasado por una situación complicada esto no lo quiere ver más. Tenía una novia moldava y le decía que quería ir a Ucrania, y ella decía que quería ir a Ucrania no iba, que quería ir a Italia.

—Lo contrario que usted.

—Para mí, todas las ciudades europeas tienen una catedral y un centro histórico lleno de Pizza Hut y Burger King. No tengo ganas de eso. Tengo ganas de ir a Siberia y meterme en una cabaña de madera en una estufa herrumbrosa.

—¿Qué me dice del viaje interior?

—Que lo he tenido que parar porque me estaba volviendo loco. No consigo parar mi mente, me invaden sentimientos y sensaciones que no me gusta tener.

—¿Cómo lo paró?

—Me pongo a escuchar programas de humor, conferencias... Claro, si me voy a pasar seis, ocho horas encima de la moto... El viaje interior se lo dejo a mi psicoanalista. =

Distribuido para talmirall@newsw.es * Este artículo no puede distribuirse sin el consentimiento expreso del dueño de los derechos de autor.

